



Biblioteca Universitaria
Universidad Nacional Autónoma de México
public@dgb.unam.mx
ISSN (Versión impresa): 0187-750X
MÉXICO

2005
Jaime González Martínez
SANTA WIBORADA. MÍSTICA Y MÁRTIR, PATRONA DE LOS BIBLIOTECARIOS
Biblioteca Universitaria, julio-diciembre, año/vol. 8, número 002
Universidad Nacional Autónoma de México
Distrito Federal, México
pp. 123-129

Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal

Universidad Autónoma del Estado de México

<http://redalyc.uaemex.mx>



Santa Wiborada. Mística y mártir, patrona de los bibliotecarios

Jaime González Martínez*

Resumen

El artículo presenta la historia de una mujer del siglo X, que vivió en Europa Central. Fue eremita, visionaria y santa, gozando de gran popularidad en los cantones suizos. De gran humildad, vivió entregada al servicio de los que menos tenían, quienes encontraban en ella desde alimentos y consuelo hasta asistencia médica. Ya una vez enclaustrada en el monasterio de San Galo se dedicó a aconsejar a cuantos llegaban hasta ella; el resto del tiempo lo dedicaba a la oración y al trabajo ornamental de los códices y manuscritos de la biblioteca del monasterio. Gracias a sus dotes visionarias pudo alertar a los monjes del monasterio, sobre la invasión húngara, lo que les permitió ponerse a salvo junto con la rica biblioteca que poseían. Por eso es venerada en esas regiones como patrona de los bibliotecarios.

PALABRAS CLAVE: Hagiografía cristiana, santas cristianas, místicas, bibliotecas monásticas, Santa Wiborada, Europa.

Abstract

The article presents the story of a X Century woman who lived in Central Europe. She was a hermitess, visionary and saint, of great popularity in the Swiss Cantons. She was a woman of great humility, who devoted her life to the service of the most needy who found in her food, spiritual comfort and even medical assistance. Once she became a recluse in St. Gall's monastery, she devoted herself to giving advice to all those who approached her. The rest of her time was dedicated to prayer and ornamental painting of the monastery's library codexes and manuscripts. Thanks to her visionary gifts she was able to warn the monks about the imminent Hungarian invasion, which allowed them to save themselves and the rich library they owned. These are the reasons why she is revered as the Patron Saint of librarians. (FRRE)

KEYWORDS: Christian Hagiography, Christian saints, mystics, monastery libraries, Saint Wiborada, Europe. (FRRE)

Europa feudal del Norte, fines del siglo IX, principios del X, la inestabilidad política modifica constantemente el trazado de los mapas; cantones y villas cambian de dependencia real, ahora están bajo la égida de un rey, mañana de otro.

Los campesinos y los artesanos no se preocupan gran cosa por ello, excepto por tener a alguien a quien le puedan confiar su seguridad; ellos seguirán trabajando para un señor, sin importar mucho de quien se trate.

Ahí y entonces, transcurre la historia de una mujer muy especial, los registros hagiográficos de la tradición católica apenas dan cuenta de ella, se escabulle entre las fuentes, como si quisiese pasar desapercibida, modesta. No gustaba de llamar la atención; tampoco fue una mujer convencional regida por lineamientos sociales o protocolarios, independiente de espíritu pero en absoluto soberbia. Rechazó el papel tradicional asignado a la mujer de su época, era humilde pero sostenía con firmeza la convicción de su fe.

* Departamento de Selección y Adquisición Bibliográfica, Dirección General de Bibliotecas (DGB), Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), Edificio de la Biblioteca Central, Circuito Interior, Ciudad Universitaria, 04510, México, D.F. México. Correo electrónico: jaigome@servidor.unam.mx

Santa Wiborada. Mística y mártir, patrona de los bibliotecarios

Wiborada fue una doncella elegida por Dios como *Consejera* -que en el nombre llevaba señalada su misión ya que ese es su significado¹-, para orientar a clérigos y no religiosos; a pobres y a ricos, a dar testimonio de su fe y salvar de la destrucción a una comunidad de monjes y a su rica biblioteca. No le importó que con ello encontrara el martirio y le costara la vida.

Leer o escuchar hablar de santos, monjes y libros, no es para nada inusual, dado que durante la Edad Media la relación entre los monasterios y los códices era muy estrecha. Esta situación se mantuvo idéntica a lo largo del Renacimiento, después de la invención de la imprenta y el surgimiento del libro.

Existen múltiples referencias históricas e iconográficas que ilustran con profusión lo que sucedía con respecto a los monjes y las bibliotecas medievales. Resulta muy común encontrar en las miniaturas de los códices la representación del monje entregado con fruición a la minuciosa labor artística del miniado y de la reproducción de los textos, de los cuales eran celosos guardianes.

Como un excelente botón de muestra, bastaría con mencionar la representación de otra visionaria, Hildegarda de Bingen, “una conciencia inspirada del siglo XII”, como la llama Régine Pernoud en el libro que escribiera sobre ella. Ésta se encuentra en éxtasis, sentada en un gran sillón recibiendo como flamas de fuego las palabras del mensaje divino, y frente a ella un monje, expectante, con los instrumentos de escritura para trazar las líneas y sosteniendo la pluma con la cual traducir con palabras las visiones de la mística, que porta el cálamo para apoyarlo sobre las tablillas que para el efecto sostiene.²

Sin embargo, la relación de las místicas con los libros, las bibliotecas monacales y su protección es un tema menos difundido.

El monacato (*monachos: solo*), la vida singular de hombres alejados del siglo, entregados a la oración, a la penitencia y al trabajo, tuvo sus más remotos orígenes en los llamados *Padres del Desierto*, que fueron los más notables de un grupo que veía en el alejamiento y en el aislamiento la posibilidad de superar todas las carencias espirituales como la única manera de lograr un acercamiento a Dios. Los primeros anacoretas se encuentran en Palestina, Siria, Egipto, etc., hacia el siglo III, posteriormente este movimiento se irá arraigando en Occidente.³

Uno de los primeros y más famosos eremitas fue San Jerónimo (343-420), quien se encuentra entre los santos patronos de los bibliotecarios; es además uno de los cuatro Doctores de la Iglesia Latina. A él se debe la



Hildegarda en éxtasis

¹ SCHIFFERLI, Dagmar. *La Consejera*, p. 64

² PERNOUD, Régine. *Hildegarda de Bingen*, p. 25 y tapa

³ TABUYO, María. Introducción. En: NORWICH, Juliana de. *Libro de visiones...*, p. 11

traducción de la Biblia llamada *Vulgata* por estar dirigida al vulgo, que fue designada por el Concilio de Trento como el texto autorizado por la Iglesia Católica.

Para ello le sirvió el conocimiento del hebreo que había adquirido cuando se valió del arduo trabajo intelectual para someter las tentaciones de la carne que sufría en la soledad de las cuevas. Siempre se le representa entregado a la lectura y a la escritura; Durero hizo un grabado donde lo presenta junto a sus inseparables volúmenes sagrados, San Jerónimo es símbolo del estudio, de la reflexión y la concentración.



Durero. San Jerónimo

Las actividades realizadas a lo largo de la historia por las mujeres en la ciencia, la filosofía, la literatura, etc., fueron ignoradas casi en su totalidad, quizá deliberadamente. El terreno religioso no fue la excepción.

Esa falta de reconocimiento y de divulgación poco a poco ha sido restañada. Si antes, la Iglesia Católica hablaba tan sólo de los Padres del Desierto, esto ha cambiado gracias al empeño de serias investigadoras que han sacado a la luz la vida y obra de devotas mujeres, lo que ahora hace posible hablar también de las *Madres del Desierto*. De muchas de ellas se tiene referencia tan sólo del nombre, y de algunas se ha podido rescatar parte de sus pensamientos.

Con respecto al deseo de muchas de las doncellas de elegir el camino de la vocación religiosa, la frívola mirada del hombre común reduce el deseo de estas mujeres de entregarse a la vida contemplativa de un claustro como fuga de un amor fracasado, como salida decorosa ante la falta de pretendientes, para escapar de matrimonios convenidos o para gozar de comodidades con relativa facilidad. Una cosa es evidente; ni las Madres del Desierto, ni después las reclusas de los conventos, iban a buscar sino la privación, la penitencia y el trabajo comunitario; las Madres del Desierto son el mejor ejemplo del espíritu de sacrificio que prevalecía en sus corazones.

Entre estas mujeres y estos hombres, ávidos del servicio a Dios y de hallarse ante su presencia, hubo algunos que lograron llevar sus afanes religiosos hasta el máximo, rebasando con mucho los límites de lo natural, desafiando al entendimiento y encontrando una respuesta directa de lo alto: los místicos. Wiborada fue uno de esos espíritus sutiles.

Nació noble en la ciudad de Klingna, en el condado de Aargau, Suiza, en el siglo IX (c. 861 – 926). Sus padres eran devotos que cumplían fielmente con sus ritos y vivían bajo el temor de Dios, vinculados al trabajo de la tierra y del producto de los animales que les proveía de algo más que lo necesario para su manutención, ya que comerciaban con el excedente. Tenía un hermano más joven, llamado Hitto, con quien mantuvo un vínculo muy fuerte durante toda la vida; él encontraba en ella especial consuelo y respaldo de toda índole. Podía percibir, al igual que muchos

Santa Wiborada. Mística y mártir, patrona de los bibliotecarios

otros, el halo que la rodeaba y le confería esa aura singular de santidad, la cual les movía a buscar en ella consejo y alivio para los dolores del alma y del cuerpo.

Movida por la fe, Wiborada se empeñaba en un proyecto que le erizaba el cabello a su madre: deseaba ir en peregrinación a Roma, “no hay nada que temer, no correré ningún riesgo” –decía-, ya que le acompañaría su hermano (como si un mozo imberbe fuese a alejar a los salteadores y seres de baja ralea que abundaban en esos caminos silvestres). Nada le disuadirá, su madre y su padre la conocen de sobra.

Ya varios años atrás les había sorprendido sobremanera por decisiones que ellos consideraban arrebatadas, como el caso que mencionamos a continuación.

La gente que compartía su posición social tenía como costumbre la ostentación y el cuidado en el vestir y en los accesorios que utilizaban, ya que constituían el símbolo de su riqueza, era ésta una práctica que había seguido Wiborada, hasta que en una ocasión se desprendió de sus ropas y de sus joyas para no volver a vestirlas ni usarlas jamás. Escogió un vestido de escasa calidad como su sayal. Ni los ruegos, ni el tiempo fueron suficientes para que superara lo que sus padres consideraban como un capricho infantil. Permaneció en su decisión por el resto de sus días.

Transcurre el siglo X en la región de Suabia, en la actual Suiza, es el segundo día después del Domingo de Resurrección del año 906.⁴ Dos hermanos recorren los agrestes caminos que les conducirán hasta el destino final de su peregrinaje: Roma. Enormes son los peligros y las acechanzas que les aguardan, como a todo caminante entre los umbrosos bosques y los desiertos parajes. Ella es impulsada con la fuerza y la energía de una fe que le desborda el corazón; desea, convencida, pisar el sagrado centro de la religión católica. Tiene el fer-

viente deseo de retirarse del siglo y ofrendar su vida a Dios, pero grandes dudas asaltan su mente. Era aún adolescente cuando tuvo sus primeras experiencias espirituales, muy intensas. Algunos religiosos no veían con buenos ojos las visiones que le eran permitidas contemplar a su ardoroso espíritu.

Además, su madre –preocupada por su futuro-, barajaba en su mente algunos pretendientes formales y con sólidos recursos que le asegurarían una buena vida, esperando el regreso de los hermanos para formalizar el compromiso nupcial.

Hitto, el joven hermano, sobrelleva las penalidades del viaje gracias a la fortaleza que le contagia su acompañante, para quien las penurias y sacrificios son un alimento espiritual que hay que degustar para bien del alma.

De regreso a la casa paterna, exhaustos, con el rostro enjuto por las huellas del ayuno forzado, pero con el alma henchida por la satisfacción del deber cumplido, sus padres celebran su llegada con una comida animada por el vino del que Hitto se sacia con creces, pero su hermana se mostrará parca en la comida y en la bebida como preparación para el camino elegido.

Una vez en casa, Wiborada está plenamente convencida de la decisión que ha tomado, sabiendo que a la que más dolor causará será a su madre, a pesar de la devoción que profesa a su religión.

Ya no alberga más dudas; todas las inquietudes que le causaban desasosiego por las visiones y las voces se han retirado como las brumas ascienden entre los árboles del bosque al ir avanzando el día. Ahora son para ella señales de un carisma que le ha sido concedido. Ya no sospecha de un ardid del maligno realizado para perderla.

De forma paralela, tiene la certidumbre de lo que es conveniente para su hermano Hitto. Lo convencerá más tarde de que lo mejor para él sería ingresar en el con-

⁴ SCHIFFERLI, Dagmar. *La Consejera*, p. 8



vento benedictino de San Galo, a lo que accederá. Así era la confianza tan grande que tenía depositada en ella.

Mientras se llega el momento del enclaustramiento, convierten su hogar en un hospital en el que atienden a los más pobres de entre los pobres; de preferencia aquellos que por la índole de su mal nadie quiere atender. Tal pareciera que entre más repulsivos los casos, mayor era el amor y la caridad que prodigaba al infeliz. Sin duda, esta será una de las principales razones por las que se granjeará el cariño y el aprecio de cuantos se vieron beneficiados por su caridad.

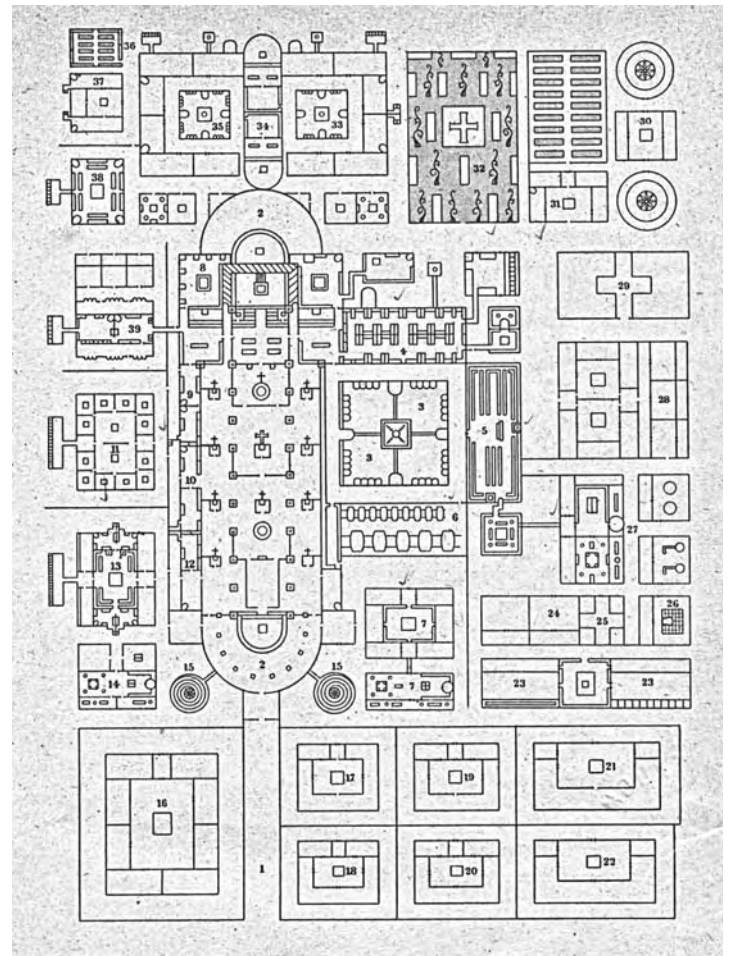
La fama de santidad va diseminándose paulatinamente hasta alcanzar y rebasar los límites de su cantón.

Ningún esfuerzo escatima, trabaja mucho, duerme poco. Por la noche, en la intimidad de su modesta habitación, pasa en vela rezando, pidiendo alivio para los que sufren y para ella la sabiduría que proviene del temor de Dios.

Antes del paso definitivo, debe ingresar en el claustro de San Jorge de manera temporal para poner a prueba su espíritu y la firmeza de sus planes. Hace votos no definitivos, de los cuales después de tres años podría retractarse y regresar con los suyos y casarse si así lo deseara. Pero la decisión ya había sido tomada.

Después del período de prueba, se apresta para el gran salto. Con una gran excitación en su interior, contempla lo que será su *mansión* por todo el tiempo que le quede de vida: la *mansiuncula* es una pequeña habitación pétrea adosada a la iglesia de San Magno del Monasterio de San Galo, tapiada por completo dejando tan sólo una ventana hacia el altar para presenciar los servicios litúrgicos y otro ventanuco para escuchar a los fieles que le busquen solicitando consuelo, consejo o remedios para sus males corporales y espirituales.⁵

⁵ TABUYO, María. Introducción. En: NORWICH, Juliana de. *Libro de visiones...*, p. 11



Plano del Monasterio de San Galo

Cuando se lleva a cabo la ceremonia de su irreversible enclaustración una gran emoción la recorre toda. Jamás volverá a transitar por las callejuelas de su villa, ni volverá a ver otro entorno que el que se halla alrededor de su celda. Al ingresar en ella siente el frío cortante del ambiente que imprimen las piedras en el interior. Escucha lejanamente al obispo elevar las oraciones a Dios pidiendo para ella sus bendiciones y ofrendando su sacrificio.

Desde el fondo de la celda, mira cómo paulatinamente el muro de la única entrada va elevándose piedra a piedra, separándola para siempre de las profanas inquietudes y veleidades que afuera prevalecen. En su interior, su espíritu experimenta un leve sobrecogimiento, un

Santa Wiborada. Mística y mártir, patrona de los bibliotecarios

cosquilleo que le sube por la espalda. No hay marcha atrás posible; los años que Dios le permita vivir los pasará dentro de ese pequeño espacio en el que la visibilidad se va agostando dejándola en silenciosa penumbra iluminada tan sólo por la luz de su fe.

Antes de ella, solamente se había dado un caso de encierro definitivo, se trató del abad Hartmuot, quien en el año 883 solicitara permiso al emperador para abandonar su cargo y ser emparedado en una celda cuya única comunicación era una pequeña abertura para introducir la comida.⁶

Wiborada es ahora una reclusa que realiza uno de sus más grandes anhelos: ofrecerle a Dios la prueba de su renuncia total— *“El que pierda su vida por mí, la salvará”*, (Mt. 10, 39)—, para dedicar su vida a la oración, a la penitencia y a trabajar para el monasterio en tareas diversas, entre las que se cuentan actividades relacionadas con la encuadernación y cuestiones relativas al cuidado de los manuscritos que ahí se conservaban.

Su celda estaba en el monasterio de San Magno, santo al que estaba consagrado. Éste fue un monje irlandés que nació en el año de 550 y murió en Bergenz en el año 646. Acompañó a San Columbano en la empresa misional para catequizar la Europa Central que les llevó hasta las frías y altas tierras de Suiza. Debido a un mal que le aquejaba, Galo no pudo seguir acompañando a su hermano de orden y dedicó por completo, su tiempo a la oración, para lo que se retiró de toda compañía humana, eligiendo un lugar adecuado para sus propósitos. Con un tronco y una piedra erigió un altar desde el cual elevar a Dios sus oraciones y ofrecer sus sacrificios, ya que agregó el ayuno y la mortificación. Más tarde se congregarían algunos seguidores y formarían un grupo de estudio y oración. En ese lugar se levantaría lo que después sería el monasterio. La leyenda le atribuye su construcción, pero la abadía

tomaría su nombre tan sólo a que él viviera en ese lugar y a la veneración que se le rinden a sus reliquias que se conservan ahí.

El monasterio de San Galo ha tenido, desde su fundación, especial fama por su vasta y exquisita biblioteca, era uno de sus más grandes orgullos conservar entre sus muros las copias de las más importantes joyas bibliográficas, por su autor, contenido o realización. De estos códices realizaban reproducciones en su *scriptorium* que les eran encargadas por otros monasterios, ya que era de sobra conocida la maestría del arte de sus copistas.

Uno de los más importantes historiadores de la filosofía hace mención de la importancia que tenían las escuelas del monasterio, así como del enriquecimiento de su biblioteca.⁷

La biblioteca de la abadía no sólo es ampliamente conocida por ser una de las bibliotecas más antiguas que existen, sino también por preservar un gran número de manuscritos —algunos de ellos del acervo original de San Galo—, de su período de mayor florecimiento (siglos VIII al XII).

Esos manuscritos, junto con la cava y los mismos monjes del monasterio se verán beneficiados por las dotes visionarias de Wiborada. En uno de sus arrebatos pudo anticipar la invasión que las tierras sufrirían por parte de los húngaros, de tal manera que pudieron ponerse a buen resguardo los más preciados tesoros del monasterio, así como todos los ornamentos y objetos litúrgicos para evitar que fueran mancillados por las huestes bárbaras.

Su hermano se cuenta entre todos los monjes que se salvaron gracias al consejo de la santa; sin embargo, ella se mantuvo fiel a su promesa de no abandonar su celda mientras viviera. De esta manera, cuando llegaron los húngaros, solamente encontraron el monasterio vacío y a una monja enclaustrada. Destruyeron las tejas del techo de su celda para atormentarla y con un hacha

⁶ KING, Margot H. "The Desert Mothers... <<http://www.hermitary.com/articles/mothers.html>> p. 23

⁷ COPLESTON, Frederick. Historia de la filosofía..., vol. 2, p. 116



la golpearon hasta darle muerte. Encontró el destino que alguna vez había imaginado, morir como mártir dando testimonio de una fe inquebrantable.

Por haber salvado la biblioteca, por su don de ciencia y su consejo siempre atinado, es considerada en Europa, en Suiza y lugares cercanos, como patrona de los bibliotecarios. Estos elementos, combinados con la muerte que sufrió, fijan los rasgos por los que se le representa enfundada en su hábito de la orden benedictina, sosteniendo en un brazo un manuscrito y en la otra mano un hacha, símbolo de su martirio.



Santa Wiborada

Espíritu de fina sensibilidad que reconocía el valor de los códices y del saber humano ahí recogido, estimulada por un deseo del saber de lo alto sin que implicara un choque entre ambos saberes, quizá adelantándose a la propuesta del *Doctor Angélico*.

Es, además de todo, la primera mujer canonizada formalmente por un Papa; Clemente II la entronizó en los altares en el año 1047. ✠

Obras consultadas

COPLESTON, Frederick. *Historia de la filosofía*. Barcelona : Ariel, 1986. Vol. 2.

La Edad Media. En: *Historia de las mujeres de Occidente*. Dir. Georges Duby. Madrid : Taurus , 2000, vol. 2.

KING, Margot H. "The Desert Mothers [en línea] : a survey of the feminine anchoritic tradition in Western Europe". En: *Hermitary : resources and reflections on hermits and solitude*. Reprinted with permission from Peregrina Publishing Co. <<http://www.hermitary.com/articles/mothers.html>> [Consulta: enero 2005].

MARTÍN VELASCO, Juan. *El fenómeno místico : estudio comparado*. Madrid : Trotta, 2003. 509 p.

NORWICH, Juliana de. *Libro de visiones y revelaciones*. Ed. y tr. de María Tabuyo. Madrid : Trotta, 2002. 237 p.

PERNOUD, Regine. *Hildegarda de Bingen : una conciencia inspirada del siglo XII*. Barcelona : Paidós Ibérica, 1998. 164 p.

SCHIFFERLI, Dagmar. *La Consejera*. Barcelona : Brouce, 2001. 178 p.

SWAN, Laura. *The Forgotten Desert Mothers: sayings, lives, and stories of early Christian women*. Mahwah, N. J. : Paulist, 2000. 218 p.